

costas y en nuestro suelo, habrían sido de gran fruto y de gran gloria para ella y para nosotros Austria, en cuya ayuda habíamos hecho sacrificios costosos, nos dejó abandonados, firmando una paz poco envidiable con Napoleón. Y acá un antojo pueril, una ilusión de la impaciencia, un capricho de vanidad de nuestros generales y de nuestros cortesanos, que fascinó también al gobierno central de Sevilla, el antojo de venir á Madrid, como si fuera una expedición de recreo y una empresa corriente y fácil, nos costó la desastrosa derrota de Ocaña, la mayor catástrofe que habíamos experimentado en los dos años de guerra. Ocaña fué para nosotros el reverso de Bailén. Ahora fué también el vencido, como entonces el vencedor, el ejército de Andalucía. Era el ejército más lucido que se había logrado formar en España; por lo mismo fué más lamentable y más trascendental su derrota. Soult se vengó de la calamitosa retirada de Portugal, y lavó la mancha de su perezosa inacción en Extremadura, y fué disculpable el orgullo con que José entró en Madrid, seguido de miles de prisioneros españoles. Al desastre de Ocaña siguió el de Alba de Tormes, que hizo olvidar nuestro pequeño triunfo de Tamames. Nuestros amigos los ingleses, después de presenciar con una serenidad parecida á la indiferencia estos reveses, se metieron más adentro en el reino lusitano, libre entonces de enemigos.

Fácil por lo menos, si no abierta y franca para

los franceses la entrada en Andalucía después del desastre de Ocaña, bien habrían podido realizarla aun sin el refuerzo de cien mil hombres que Napoleón determinó enviar de nuevo á España, resuelto á venir él otra vez en persona, si otras atenciones no se lo hubieran impedido. ¿Cómo había de resistir nuestro menguado y despavorido ejército del Mediodía á una masa de ochenta mil combatientes veteranos y recientemente victoriosos, á cuya cabeza iba el mismo José con el duque de Dalmacia y con sus mejores generales? No nos maravilla, pues, que vencidos los pequeños obstáculos que encontraron en Despeñaperros y Sierra-Morena, inundáran como un torrente las dos Andalucías, y que la Junta de Sevilla, temerosa de la tempestad que tan cerca la amenazaba, se refugiara en dispersión con las reliquias de nuestro ejército en la Isla de León, y dentro de los muros de Cádiz, á cuya proximidad llegaron los cañones enemigos, y cuya rendición llegaron á intimar los franceses.

Todos estos eran resultados y consecuencias naturales de una gran derrota. También era, si no tan natural, por lo menos muy disculpable, que José pasara con aire de satisfacción y de orgullo las ciudades y provincias andaluzas, y más viéndose en muchas de aquellas festejado y agasajado, en lo cual no dieron ciertamente el mejor ejemplo aquellos habitantes, por mucha parte que en tales obsequios y fiestas se quiera atribuir, ya á su carácter proverbial-

mente jovial y festivo, ya á cálculo y deseo de con-
graciar al enemigo para evitar vejámenes y persecu-
ciones. En cambio consuela y admira la patriótica
impavidez con que la Regencia del Reino (nueva forma
de gobierno que se sustituyó á la Junta Central),
desde aquel rincón de España, y en situación tan an-
gustiosa, formaba grandes planes militares. proyectaba
la creación de ejércitos, de escuadras, de milicias
cívicas, promovía alistamientos, ordenaba requisas,
arbitraba fondos, y haciendo de la Isla el centro
obligado de una gran posición, se comunicaba y en-
tendía con las naciones extranjeras y con los puertos
españoles de la península y de ultramar. Consuela y
admira la fé patriótica con que un general español,
Blake, recoge las miserables reliquias del destrozado
y deshecho ejército de Sierra-Morena, pasa la prime-
ra revista en el atrio de un templo á unos cente-
nares de hombres y unas docenas de caballos que
ha podido recoger; pero hace llamamientos, atrae,
recluta, organiza, instruye, ordena, trabaja, y de
aquellos diminutos restos casi en contados dias ¡ad-
mirable fuerza de voluntad! logra reconstituir un
ejército formal, á cuya cabeza sostiene él mismo á los
pocos meses reñidas batallas con aquellas legiones,
que ni esperaban ni imaginaban siquiera encontrar
quien les pusiera obstáculos en la carrera de sus
triumfos.

Pero la ceguedad, esa especie de génio invisible y

de ángel malo que la Providencia coloca misteriosa-
mente al lado de los hombres ambiciosos, inspira á
Napoleon el pensamiento de obrar y disponer como
rey, y aun como dueño absoluto de España, y sin
cortar con su hermano, en la ocasión en que José
había hecho más progresos en la guerra, y se con-
templaba más seguro en el país y más afirmado en el
trono, distribuye á su placer el territorio español y
ordena á su antojo el gobierno político y militar del
reino, y deja á su hermano sin autoridad ó con una
débil sombra de ella, y le desprestigia á los ojos de
los españoles, y le rebaja y desautoriza ante sus mis-
mos generales; y José, pasando repentinamente del
gozo á la aflicción y del placer á la amargura, se re-
tira á Madrid con el corazón traspasado y con ánimo
casi resuelto de abdicar una corona que solo lleva en
el nombre y que le cuesta tantas pesadumbres. Dis-
cordias fraternales, que han de dar su fruto tan amar-
go para ellos como le dieron antes para nosotros las
de nuestros reyes y nuestra corte.

La guerra sigue, porque el espíritu del pueblo
español no se abate; y sigue viva, así en Navarra
como en Asturias, así en Cataluña y Aragón como
en Valencia, así en Extremadura como en Castilla.
Multiplicanse las guerrillas y los guerrilleros. Los
ánimos de los combatientes se irritan, y las repres-
alias son crueles. Parece en lo sangriento una guerra
civil; y es que al enemigo le exaspera lo mortificante

de la porfía. La resistencia de las plazas atacadas es siempre y en todas partes prodigiosa. Astorga, Hostalrich, Lérida, Mequinenza, Ciudad-Rodrigo, Tortosa, ni podían dejar de sucumbir, ni podían llevar más allá su denuedo, ni podían ser más honrosas las capitulaciones que alcanzaron. Y aun no fué todo vencer para enemigos tan numerosos y fuertes, que no todas las plazas atacadas se rendían, y Suchet tuvo que volverse despues de contemplan por muchos dias las torres de Valencia como el año anterior Monecy, y si Sebastiani sorprendía y saqueaba á Murcia, tenía que retroceder á sus acantonamientos huyendo de Blake.

A juicio de Napoleon nada importaba tanto como arrojar de España á los ingleses. Todos los grandes hombres adolecen de esas flaquezas que suelen denominarse manías, y la anglo-manía era uno de los flacos ó llámense terquedades de Napoleon. No había podido llevar con resignacion la desastrosa retirada de Soult de Portugal, y para vengarla y vengarse de Wellington envió ahora con un ejército poderoso al vencedor de Zurich, al conquistador de Nápoles, al héroe del sitio de Génova, al mariscal Massena, duque de Rivoli y príncipe de Essling. Gran confianza tenía Napoleon en este caudillo y en aquel ejército, y prósperamente comenzó para él la campaña con la rendicion de Ciudad-Rodrigo y de Almeida, y con avanzar, aunque no sin algun contratiempo, á Viseo y á Coimbra.

Pero detiéndose ante las famosas líneas y formidables atrincheramientos de Torres-Vedras, para él desconocidos é ignorados, por el inglés muy de antemano dispuestos, y tras de los cuales se ha parapetado, al abrigo de aquellas prodigiosas fortalezas de la naturaleza y del arte, defendidas por seiscientos cañones, y con una enorme masa de guerreros ingleses, lusitanos y españoles; caso de los más estupendos, dijo ya otro escritor, que recuerdan los anales militares del mundo.

Conocida es esta singular y memorable campaña, y juzgado está por la historia, y por los entendidos en el arte de la guerra, el mérito grande de los dos generales en jefe, Massena y Wellington, en la imponente actitud con que supieron mantenerse uno á otro en respeto en sus respectivas posiciones, la inalterable é impasible inmovilidad del uno, la firmeza inquebrantable del otro, la serenidad imperturbable de ambos. Era no obstante infinitamente más ventajosa la situacion de Wellington, y por eso admira y asombra que tuviera tanta dosis de frialdad y de paciencia para estar tanto tiempo haciendo el papel del prudente Fabio, esperando todo del tiempo y de la paciencia. Era infinitamente más penosa la situacion de Massena, y por eso admira y asombra que reprimiera tanto tiempo los ímpetus propios del guerrero francés, y sufriera con impasibilidad inglesa, incomunicado, en país y entre ejércitos enemigos, amenazado en derredor y en todas

direcciones, el hambre, la peste, y todo género de privaciones y padecimientos. Y admira y asombra, en el mariscal francés la lenta y calmosa retirada, según que, apurados los recursos en cada comarca, se le hacia la permanencia en ella imposible; en el general británico, la calma y lentitud con que seguia paso á paso al francés en su retroceso, nunca precipitándose ni aventurando combates, siempre levantando delante de sí nuevas cadenas de fuertes.

Falta grande hacia á los españoles saber que Massena se habia pronunciado en verdadera retirada, alarmados como se hallaban aquellos, ya que no abatidos, con la pérdida de Badajoz, que acababa de caer en poder de franceses, con la malhadada expedición del general La Peña contra los sitiadores de la Isla Gaditana, y con caer las bombas enemigas dentro del recinto de Cádiz, asiento de nuestro gobierno; todo lo cual traia inquieto á éste, disgustado y desasosegado al pueblo, y hacia que resonáran en la Asamblea nacional lamentos de dolor, sentidos cargos y ágras acusaciones. Puede un movimiento militar ser muy honroso para el que le dirige y ejecuta, y ser al propio tiempo funesto y fatal para la causa que defiende; puede ser estratégicamente muy meritorio, y políticamente muy desventurado; lo uno puede ser debido al talento, inteligencia y habilidad de un génio guerrero, lo otro á eventualidad y circunstancias adversas y á obstáculos invencibles. Tal fué la célebre retirada de

Massena de Portugal en la primavera de 1811. En medio de las desdichas y penalidades que sufrió su ejército, él sacó á salvo su reputación de capitán insigne, pero vinieron á tierra los grandes planes de Napoleón, y frustróse la empresa en que más confianza habia tenido de enseñorear de nuevo el Portugal y arrojar de la península ibérica los ingleses. Massena acreditó una vez más su pericia y su grandeza de alma; Napoleón vió que la guerra de España le iba á costar todavía mucha sangre y muchos tesoros, y sospechó ya de su éxito. Asombra la pausa, llamada circunspección, y la calma, que han denominado prudencia, con que Wellington siguió paso á paso al francés en su larga y penosa retirada.

La huella de destrucción, de pillage, de incendio, de matanza y de sangre que fué dejando el ejército francés en los pueblos que atravesó en aquella retirada calamitosa, horroriza, pero no sorprende. ¿Era Massena propósito para enfrenar y contener en aquella situación la desbocada soldadesca? A cualquier general le habria sido difícil, cuanto más al que en Roma habia dado el escándalo de ser el primero en perpetrar los propios ó parecidos desmanes, hasta el punto de elevar sus mismos subordinados amargas quejas al gobierno de la Francia contra las rapacidades de su general en jefe. Su conducta moral en aquella marcha no dió menos que murmurar á la tropa; y generales como Reynier, como Junot, y como Ney; Ney, cuyo

carácter altivo le tenia como violento á las órdenes de Massena, como antes se habia sometido mal de su grado á las de Sault, rompieron con él y se separaron de su servicio en ocasion que más de ellos necesitaba. El mismo Massena, aquel hijo mimado de la victoria, á quien con tanta confianza encomendó Napoleon la conquista de Portugal, fué llamado á Francia por el gobierno imperial.

Consecuencia de aquella retirada fué el importante triunfo de los aliados en la Albuera, triunfo que mereció los honrosos decretos de las Córtes, dando gracias á todos los generales, oficiales y soldados de las tres naciones que tomaron parte en el combate, y declarando benemérito de la patria á todo aquel ejército, y triunfo que mereció que en el Parlamento británico resonáran elogios al valor é intrepidez de las tropas españolas mandadas por Blake. Pero la consecuencia más importante, y el resultado más propicio de estos movimientos y de estas vicisitudes de la guerra es la reanimacion del espíritu público en España; es la influencia de estas novedades en los gabinetes de Europa que están contemplando esta lucha; es el convencimiento de que la fortuna no habia vuelto definitivamente la espalda á esta nacion valerosa y perseverante; es que se veian otra vez señales de que el heroico esfuerzo nacional no habia de quedar ahogado y oprimido, ni habia de sucumbir á una usurpacion injustificable é inicua.

XIII.

Descansemos algo del tráfago de las armas. Pensemos un poco en la marcha que llevaba la política.

Cuatro especies de soberanías, cuatro poderes supremos, más ó menos reales ó nominales, existian simultáneamente en este tiempo en España, dos nacionales y dos extranjeros, dos dentro y dos fuera de la nacion. De una parte el gobierno popular que la nacion se habia dado en ausencia de su rey, y el rey legítimo de España, cautivo en país extraño: de otra un monarca francés que se sentaba en el trono español, y un emperador que desde fuera intentaba gobernar el reino. Dentro, la Junta Suprema nacional, y el intruso rey José; fuera, Napoleon y Fernando VII. Veamos cómo marchaba cada uno de estos poderes, y cuál era su conducta política.

Rara vez se conmueve y levanta un pueblo en venganza de un agravio inferido, ó en defensa de su independencia amenazada, ó en sostenimiento de una institucion ó de una dinastía de que se intente privarle,